

## BIBLIOGRAFIA

ANDRÉ MAUROIS. — *Cinco Rostros del Amor*. — Un vol. de 175 págs., 15 × 22 cms. — Espasa-Calpe Argentina, S. A. — Buenos Aires, 1942.

Un penetrante estudio psicológico nos ofrece André Maurois en este agradable libro. Sus páginas nos revelan profundas variaciones del sentimiento amoroso, recogidas cuidadosamente por el autor en ambientes históricos distintos, a través de sendas obras literarias.

Comienza Maurois explicándonos el nacimiento del amor novelesco, para luego mostrarnos su desarrollo a lo largo de tres siglos de literatura francesa. Tal es el contenido de la obra citada; de él quieren ser estas líneas rápida síntesis.

Lejanos ya aquellos tiempos en que el amor y la mera inclinación vital se habían identificado por obra del paganismo, una vez renovado el espíritu humano por la fuerza pujante de los conceptos cristianos, el momento fué propicio al nacimiento del amor novelesco. En lugar de ser el amor apenas una fuerza instintiva — como había sido en la antigüedad — fué entonces (siglos XII y XIII) ensueño y pasión.

Este amor medioeval, heroico y cortés que "vence la barbarie latente en el corazón del hombre y lo encadena mediante reglas" después de sufrir algunos eclipses, cuyas causas señala Maurois con profundo acierto, reaparece en el siglo XVII francés. Las ceremonias, las formas exteriores vuelven a preponderar entonces. Y, lo que es más esencial, el valor de lo heroico, el ideal de lo grande recupera el primer puesto en la vida de los hombres. Así lo evidencia un análisis de la obra de Mme. de La Fayette *La Princesa de Clèves* donde la heroína, invadida por una pasión que siente a su pesar y dolorida de no amar al hombre que *debe* amar, sacrifica todo al deber, impulsada por una castidad llena de noble grandeza y acaso también de orgullo o vanidad.

Pero los infinitos matices y delicadezas de aquellas grandes pasiones que ocuparon lugar tan prominente fueron perdiendo significación, hasta llegar a su total desprestigio en el siglo XVIII, época de desenfreno y de irreligión. En *Julia* ha dejado Rousseau una prueba de la necesidad que tuvo aquel tiempo de abandonar la monotonía y el hastio inherentes a todo libertinaje, *Julia* fué la vuelta necesaria de lo artificial a lo sentimental, de lo cínico a lo virtuoso, propugnado por Rousseau y que sólo es destructible en su concepto, por la perfidia de la sociedad. Es muy comprensible, desde luego, que viviendo en aquella corrupta sociedad, acusara de pérfida a toda sociedad.

El concepto que tuvo Stendhal del amor y que expuso no sólo en novelas sino además en tratados especiales, tiene también vinculaciones con el ambiente del autor, pero no está limitado a lo circunstancial, no es condicionado sólo por lo histórico, sino también por un elemento individual: representa "cierto tipo de ser humano, tipo que puede existir en toda época". La heroína de *El Rojo y El Negro* ama porque desprecia todo cuanto no sea amor, porque se da del todo, con pasión absoluta, a la cual ha llegado por el camino de la "cristalización".

Muy diferente — y muy triste por cierto — es el concepto de Flaubert, "el novelista despreciador de lo novelesco" para quien el amor implica la mayor de las contradicciones, pues pretende conciliar lo inconciliable: la vida y el sueño. Es *Madame Bovary* una dura condenación del romanticismo, donde la heroína paga con su vida el pecado de haber soñado.

Pero, si Flaubert ha negado el amor, Marcel Proust va a afirmarlo. No lo afirma por cierto al modo de Stendhal, en el sujeto y en el objeto: lo afirma tan sólo como vivencia afectiva y le quita toda validez al objeto. Un verdadero subjetivismo gnoseológico aplicado al terreno del amor. Todo amor es apenas un estado mental; todo amor se dirige, no a un ser real, sino a un ser imaginario, que puede proyectarse sobre *cualquier persona*. Todo amor es una verdadera enfermedad que paraliza la inteligencia: no conocemos de los seres sino el amor que nos inspiran. Por eso nos presenta un héroe que siente el más grande amor de su vida por una mujer opuesta a la que en verdad hubiera sido su tipo.

A esta exposición añade Maurois una interesante y personal apreciación que bien podría considerarse como un sexto rostro del amor, y sintetizarse en estas palabras: comunión real de dos seres.

*Elvira FLOREZ PEREZ.*